



© Del presente texto: Colectivo **Latitud Cero**

N. Caballero
M. Pérez
M. N. Castiblanco
C. M. López
S. Romero
C. M. Díaz

© Colección, ilustración y diagramación: Chibalete Editores

Adriana Serrano.

Dirección del Programa Integral de Lectura y Gestión del Conocimiento.

Nicolás Jiménez Ariza.

Dirección de colección.

© Todos los derechos reservados. Está prohibida la reproducción parcial o total de este libro, su recopilación en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o medida, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro, o bien por otros medios, sin el previo consentimiento por escrito de la editorial. Los contenidos de este libro han sido intervenidos parcialmente con herramientas de IA bajo supervisión humana

ISBN-E: 978-628-97082-3-3

© Todos los derechos reservados.

www.chibaleteeditores.com

Fascismo, totalitarismo y otras formas para no pensar Pa' que me entienda

Colectivo **Latitud Cero**



Contenido

Prólogo. Pensar en lo impensable (aunque incomode, aunque dé miedo)	7
¿Otra vez el fascismo?	15
¿Qué es el totalitarismo (y por qué debería importarte?)	23
Hannah Arendt: pensar cuando todos obedecen	31
La banalidad del mal	37
Erich Fromm: el miedo a la libertad	45
El fascismo, ¿empieza en casa?	53
Primo Levi: recordar para no repetir	61
El odio que se viraliza	69
¿Qué pasa cuando dejamos de pensar?	79
Epílogo. Pensar juntos para seguir siendo humanos	87
Diálogos imposibles. <i>Contra la banalidad del meme</i>	97
Casos reales. Cápsulas contemporáneas	117
Movimientos neonazis en redes	122
El lenguaje banal en la política	128
Desinformación como estrategia	135
Glosario	145

Prólogo. Pensar en lo impensable (aunque incomode, aunque dé miedo)

¿De verdad necesitamos otro libro sobre fascismo? Puede que lo primero que te venga a la cabeza sea una imagen vieja en blanco y negro: desfiles interminables de soldados con botas, banderas gigantes, discursos que no entiendes porque están en otro idioma. Puede que pienses en el Holocausto, en la Segunda Guerra Mundial, en cosas que parecen tan lejanas que no tendrían por qué interesarte. Y, sin embargo, aquí estamos, en 2025, otra vez con la misma palabra dando vueltas. Fascismo. Una palabra que aparece en comentarios de videos virales, en peleas de Twitter, en memes compartidos como si fueran solo un chiste. Parece un término del pasado, pero de repente se cue-la en nuestras pantallas, disfrazado con filtros, emojis y sarcasmos.

Quizá lo raro sea eso: que hablemos de fascismo en un mundo lleno de algoritmos y pantallas, como si aún tuviera algo que decirnos. Y lo tiene. No porque los uniformes estén a punto de volver a marchar en fila, sino porque

la lógica que los sostuvo no desapareció. Solo se maquilló. Hoy no hace falta un dictador gritando en una plaza. Basta con una cuenta de YouTube que repite discursos de odio con voz calmada. Basta un hilo en redes que divide el mundo entre “nosotros” y “ellos”. Basta con un meme cruel que se comparte mil veces hasta que parece gracioso, aunque no lo sea.

Cuando decimos la palabra fascismo, como lo escribió Santiago Gerchunoff, pasa algo extraño. Al pronunciarla, creemos que estamos haciendo una advertencia: cuidado, aquí están los síntomas, aquí se asoman las señales de que el horror podría repetirse. Y, al mismo tiempo, sentimos una especie de heroísmo implícito. Como si nombrar al fascismo fuera ya un gesto de valentía, como si al hacerlo nos ubicáramos automáticamente del lado correcto de la historia, del lado de quienes lo detuvieron una vez y lo volverían a detener. Hay algo particular allí: rara vez reconocemos que pensamos el fascismo desde esa herencia: la del bando que lo venció. Nos vemos como herederos de la victoria, no de la fragilidad.

Ese gesto tranquiliza, pero también engaña. Nos da la sensación de que porque sabemos qué fue el fascismo ya estamos inmu-

nizados contra él. Que basta con recordar los horrores del pasado para no repetirlos. Pero la historia es más compleja. El fascismo no es un monstruo externo que regresa idéntico; es una forma de mirar el mundo que puede colarse en lo cotidiano. Y si lo nombramos solo para sentirnos a salvo, corremos el riesgo de no verlo cuando se presenta con un disfraz nuevo.

Lo incómodo es admitir que el fascismo no apareció en sociedades atrasadas o incultas, sino en países con universidades prestigiosas, con arte, con ciencia, con gente “normal”. Personas que iban a trabajar, que tenían familias, que escuchaban música y leían libros, y que aun así fueron capaces de callar, de obedecer, de adaptarse al horror. Pensar en eso incómodo porque nos acerca demasiado: significa que no hay una distancia infinita entre “ellos” y “nosotros”. Significa que las condiciones para que regrese no son imposibles, sino humanas.

Y entonces, ¿por qué hablar de fascismo y totalitarismo en 2025? Pues, porque hoy también vivimos en un mundo en el que se simplifica lo complejo. En el que algunos discursos convierten las dudas en debilidad y las diferencias en amenazas. Porque también hoy hay líderes que ofrecen soluciones fáciles a pro-

blemas imposibles, culpando a un “otro” que debe ser silenciado, expulsado o ridiculizado. Porque el odio circula más rápido que nunca, impulsado por memes, por cadenas de WhatsApp, por videos que se reproducen en segundos sin darnos tiempo para pensar.

Nombrar el fascismo no debería servir para tranquilizarnos, sino para incomodarnos. No para recordarnos que ya lo vencimos, sino para hacernos ver cómo puede estar regresando en nuestros propios entornos. Puede empezar en una sobremesa donde alguien dice “los de allá son el problema” y todos asienten en silencio. Puede empezar en una escuela donde cuestionar una regla es visto como falta de respeto. Puede empezar en un chat de amigos donde un chiste machista, racista u homofóbico recibe más risas que incomodidades. No hace falta un campo de concentración para que el fascismo eche raíces; basta con un espacio donde se premie la obediencia ciega y se castigue el pensamiento.

Pensar en lo impensable significa atrevernos a mirar ahí. No se trata de sentir culpa por lo que pasó hace décadas ni de memorizar fechas y nombres. Se trata de reconocer cómo las lógicas del fascismo pueden reaparecer en

formas distintas: en la burla, en la propaganda disfrazada de noticia, en el algoritmo que solo nos muestra lo que confirma lo que ya creemos, en los discursos que prometen fuerza y orden a cambio de silencio y obediencia.

La idea de este libro no es llenarte de miedos ni de datos. Queremos, más bien, invitarte a pensar. Y pensar, en este caso, significa detenerse, hacer preguntas, incomodarse. Significa sospechar de las frases que suenan demasiado fáciles. Significa mirar los memes que se viralizan y preguntarse qué normalizan. Significa escuchar un discurso y detenerse a pensar en lo que no dice.

Lo haremos acompañados. Tres voces del siglo XX caminarán con nosotros: Hannah Arendt, que nos mostró que lo peligroso no era la maldad espectacular de los villanos, sino la obediencia sin pensamiento de las personas comunes. Erich Fromm, que explicó que mucha gente prefiere entregar su libertad a cambio de seguridad, porque la libertad pareciera que también da miedo. Y Primo Levi, que sobrevivió al campo de concentración Auschwitz y escribió para que nunca olvidemos lo que ocurre cuando dejamos de ver a los otros como humanos.

No están aquí para darnos respuestas cerradas. Están aquí para recordarnos que pensar es lo contrario de rendirse. Que detenerse a cuestionar es un acto de resistencia. Que la memoria no es una estatua inmóvil, sino una linterna frágil que se apaga si dejamos de cuidarla.

Hablar de fascismo en 2025 no es mirar hacia atrás, sino aprender a mirar mejor lo que tenemos enfrente. No es una lección de historia, es un entrenamiento para el presente. Porque lo que está en juego no es un recuerdo, sino la forma en que elegimos vivir juntos hoy.

Y sí, quizás al leer la palabra fascismo sientas que evocas el pasado y que te colocas, automáticamente, del lado de quienes lo vencieron. Pero lo que importa es otra cosa: reconocer que la batalla no terminó, que la posibilidad sigue ahí, disfrazada, esperando silencios. Lo importante es no engañarnos con la ilusión de que basta con nombrarlo. Lo importante es preguntarnos qué hacemos, cada uno, cada día, para que no vuelva.

Este prólogo y este libro son solo eso: una invitación a mirar de frente lo que incomoda, a no esquivar las preguntas difíciles, a no dejar que la costumbre nos adormezca. No necesi-

tas tener todas las respuestas. Basta con una chispa de curiosidad y la valentía de pensar incluso cuando no es cómodo. Porque si pensar duele, es precisamente porque sigue siendo la mejor manera de resistir.

¿Otra vez el fascismo?

La palabra parece sacada de un museo o de un noticiero viejo, una especie de fantasma histórico que aparece en manuales de colegio, en películas de guerra o en series de Netflix con villanos que llevan uniformes grises y hablan con gritos guturales. Y, sin embargo, ahí está otra vez: en los comentarios de un video, en un meme que circula por WhatsApp, en un discurso político que se vuelve viral en TikTok. Fascismo. Como si la palabra hubiera encontrado un nuevo escenario, más luminoso y rápido, donde volver a hacerse presente.

Al principio suena exagerado. Si nadie anda desfilando en la calle con camisas negras ni hay tanques ocupando ciudades, ¿por qué seguir usando esa palabra? ¿No estamos comparando cosas muy distintas? ¿No será que, al nombrar fascismo hoy, le damos demasiado peso a problemas que son solo peleas digitales, insultos, polarización normal? Esa es una pregunta válida, y justamente por eso merece pensarse. Porque las palabras no regresan solas. Si una palabra tan cargada como “fascismo” se repite con fuerza, es porque algo la llama. Algo en el presente resuena

lo suficiente para que esa etiqueta vuelva a circular.

El fascismo reaparece hoy con nuevos disfraces. Ya no se presenta con saludos rígidos ni símbolos militares, sino en forma de sarcasmo, de broma cruel, de fake news compartidas como verdades indiscutibles. Circula en grupos cerrados de Telegram, en transmisiones de YouTube con miles de espectadores, en podcasts donde alguien se burla de las minorías como si fuera solo humor. Y lo inquietante es que esos nuevos lenguajes funcionan. Un meme puede banalizar el odio mucho más rápido que un discurso largo. Un video de treinta segundos puede sembrar más prejuicios que un libro entero. El fascismo reaparece así: ligero, disfrazado, entretenido. Como si fuera inocuo.

El problema es que el fascismo no es solo un conjunto de símbolos viejos, sino una forma de pensar. Una lógica que simplifica el mundo y lo divide en dos bandos: los que pertenecen y los que sobran, los que son “normales” y los que amenazan, los que deben mandar y los que deben callar. Esa lógica puede reaparecer en contextos muy distintos, y cuando lo hace, no siempre necesita un uniforme ni un

dictador de bigote extraño. Puede instalarse en el modo en que hablamos, en el tono con que juzgamos, en la manera en que repetimos consignas sin detenernos a pensar.

Por eso, cuando alguien dice “esto es fascismo”, aunque sea en tono de burla o exageración, no conviene descartarlo de inmediato. Puede que esa persona esté notando algo real: que ciertas formas de odio, de intolerancia y de autoritarismo están encontrando terreno fértil para crecer otra vez. Fascismo no como copia exacta del pasado, sino como reaparición de la misma semilla con un nuevo envoltorio.

El terreno que permite ese regreso no es casual. Vivimos tiempos de cansancio, de desconfianza en la política tradicional, de crisis económicas que golpean más fuerte a los jóvenes y a los sectores más vulnerables. Vivimos en medio de un ruido constante, donde miles de voces se contradicen y resulta más fácil aferrarse a una sola frase que parece clara: “ellos son los culpables”. En ese contexto, cualquier discurso que ofrezca una explicación simple gana terreno. Y el fascismo es, sobre todo, un lenguaje que simplifica lo complejo: no necesitas pensar, basta con identificar al enemigo y desear que desaparezca.

Cuando un influencer grita en su canal que todo lo malo se debe a una minoría, a una comunidad migrante, a una ideología concreta, está repitiendo esa lógica. Cuando un político dice que lo único que hace falta es “mano dura” y que quienes protestan son enemigos de la nación, también lo está haciendo. Cuando un meme se burla de alguien por su identidad y consigue miles de likes, esa misma lógica se expande disfrazada de humor. No se necesita un partido único ni un ejército marchando para que el fascismo se cuele: basta con normalizar la idea de que hay vidas que valen menos, que hay opiniones que deben ser calladas, que la diferencia es una amenaza.

El peligro es que, al llegar con humor y filtros, ya no lo vemos como peligro. Un insulto viral se convierte en entretenimiento. Una noticia falsa que culpa a un grupo minoritario circula más rápido que la desmentida. Una cadena de WhatsApp llena de conspiraciones se comparte en familia como si fuera información inocente. Y lo que empieza como broma puede acabar como costumbre. Lo que se tolera como ironía puede terminar legitimando la violencia.

En ese sentido, no es exagerado hablar de fascismo hoy. Es necesario. Porque no basta con mirar al pasado y decir “eso ya no volverá”. Lo que importa es reconocer cómo esas formas de odio y exclusión encuentran nuevas maneras de instalarse en la vida cotidiana. Lo que importa es entender que la historia no se repite de manera idéntica, pero sí rima. Y que esas rimas son peligrosas porque se camuflan en lo familiar, en lo gracioso, en lo viral.

El fascismo reaparece también porque hay un deseo de orden que se activa cada vez que todo parece incierto. En tiempos de crisis, la promesa de un líder fuerte, de un discurso contundente, de un “nosotros primero” se vuelve atractiva. No porque la gente sea malvada, sino porque está cansada, confundida, asustada. El fascismo se aprovecha de esa vulnerabilidad para ofrecer seguridad a cambio de obediencia. Y cuando esa oferta se vuelve convincente, la pregunta crítica empieza a desaparecer.

Ahí es donde se vuelve vital no dejarse llevar por la comodidad. Porque pensar es incómodo, pero necesario. Reconocer el regreso de ciertas lógicas antes de que se normalicen es la única forma de resistirlas. Y resistir no

significa convertirse en experto en historia ni aprender discursos complicados: significa detenerse a escuchar, hacerse preguntas, no aceptar como naturales las frases que dividen o los chistes que deshumanizan.

Cada generación se enfrenta a su propia forma de fascismo. La nuestra, en 2025, lo encuentra en los discursos que circulan en redes, en las campañas que convierten la política en espectáculo, en los algoritmos que nos encierran en burbujas de opinión. Reconocerlo no es caer en la paranoia ni usar la palabra como insulto fácil. Es comprender que el fascismo nunca se va del todo; espera momentos de cansancio y de miedo para volver con una máscara distinta.

Nombrarlo de nuevo no debería tranquilizarnos, sino alertarnos. Porque si algo enseña la historia es que lo peor no empieza con violencia masiva, sino con pequeños gestos que se vuelven costumbre: un chiste que nadie contradice, un insulto que se repite hasta perder gravedad, una ley que excluye a unos pocos mientras la mayoría mira para otro lado. El fascismo no regresa gritando su nombre; regresa cuando dejamos de pensar, cuando dejamos que otros decidan qué es aceptable, cuando nos dejamos llevar por la inercia de lo fácil.

¿Otra vez el fascismo? Sí, pero no como lo imaginamos en los libros de historia. Vuelve con memes y emojis, con discursos virales, con hashtags que convierten el odio en tendencia. Y justamente por eso debemos nombrarlo, pensarlo, reconocerlo antes de que sea demasiado tarde. Porque lo verdaderamente peligroso no es que la palabra reaparezca, sino que lo haga sin que nadie se detenga a preguntar qué significa.